

José Carlos Bermejo

DUELO DIGITAL

Y CORONAVIRUS



Desclée De Brouwer

Yo mismo viví en mi cuerpo
y en mi corazón, el gran golpe
de la infección por COVID-19.

Hube de hacer mi duelo y
gestionar la poderosa
imaginación de un eventual
fallecimiento virtualizado.

José Carlos Bermejo

Duelo digital

y coronavirus



Desclée De Brouwer

© José Carlos Bermejo, 2020

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2020

Henao, 6 - 48009 Bilbao

www.edesclee.com

info@edesclee.com

Facebook: EditorialDesclee

Twitter: @EdDesclee

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos

–www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain

ISBN: 978-84-330-3106-8

Depósito Legal: BI-0855-2020

Impresión: Grafo, S.A. - Basauri

Índice

Introducción.	9
-----------------------	---

Primera parte

Duelo y mundo digital

1. Velatorio electrónico: cuentas <i>in memoriam</i>	17
2. Tumbas y cementerios digitales: memorialización con imágenes.	21
3. Identidad digital postmortem	25
4. <i>Selfis</i> pre y post mortem.	29
5. Un retorno cultural al pasado: muerte higiénica	31
6. Cuerpo electrónico.	35
7. Programar y despedirse: legado digital	37
8. Dios ha resucitado en el móvil o “ahora mismo vuelvo”	41
9. Todos somos... Duelo colectivo	47
10. Pornografía de la muerte	49
11. Lázaros, ¡sal fuera! Códigos QR en lápidas.	53
12. Revivir a un ser querido con realidad digital en 3D	55
13. Humusation.	61

DUELO DIGITAL Y CORONAVIRUS

Segunda parte Duelo y coronavirus

1. Un momento insospechado para el duelo: huracán coronavirus.	71
2. Duelo inédito.	73
3. Tanatorio en casa.	77
4. Tanatorios digitales	79
5. Duelo por uno mismo (por mí mismo).	83
6. Claves para el duelo en tiempos de coronavirus.	87
7. Humanizar la reacción frente al miedo	89
8. Del miedo a la esperanza	91
9. Confianza y solidaridad	97
Cerrando el libro.	101

Introducción

En un mundo de pandemia por COVID-19, la muerte física se ha esposado con la vida digital.

Parece que fue ayer. Recuerdo perfectamente el vuelo Madrid-Roma, Iberia 3236, tan familiar para mí. Era el 2 de noviembre y domingo, y la azafata me ofreció con una gentileza inusual, los periódicos del día, diciéndome que había artículos muy interesantes. Y así me encontré con el mundo del duelo digital, para mí desconocido hasta entonces.

Por entonces, no podía imaginar que un virus, meses después, generaría una situación en la que tantos aspectos del duelo, encontrarían una expresión relevante en el mundo digital. El mundo se pararía, las fronteras de todo el mundo se cerrarían, dejarían de volar los aviones, circular los trenes, los autobuses... Se cerrarían todos los lugares de encuentro cultural, de ocio, de formación, y, por tanto, también los lugares de condolencia por la muerte de una persona: los tanatorios. Y el mundo digital se potenciaría a la velocidad de la luz en torno a los dolientes.

Me sorprendió lo de más de 30 millones de “muertos en Facebook”, lo de los códigos QR en las lápidas para escanear y algo así como decir: “Lázaro, sal fuera” y encontrarse en el móvil con

fotos, audios o videos de la persona enterrada. Me sorprendió lo de los *selfis* en los funerales para “compartir los sentimientos con los amigos” y aquello del legado digital y las empresas fúnebres que gestionaban el post-mortem digital. Quedaba ya lejos el argumento de la película “Mi vida sin mí”, que planteaba la posibilidad de dejar una herencia de grabaciones de cintas para que los seres queridos pudieran escuchar tras la muerte de la protagonista.

Por entonces, no se hablaba tanto de espacios de conmemoración, ni había salido todavía el episodio de Blak Mirrou titulado “ahora mismo vuelvo”, que presenta la ficción de recuperar la relación con un ser reconstruido con la huella digital, primero por e-mail y luego en forma de androide.

Ha sido más tarde cuando me ha llegado una consulta sobre mi opinión acerca del influjo sobre el doliente de una eventual transformación de los restos humanos en compost para plantas, que se podrían recibir un año después del fallecimiento, y que recibe el nombre de *humusation*.

Y más reciente para mí aún es la creación de comunidades digitales para el duelo, o la posibilidad de reencontrarse con el ser querido fallecido gracias a un modelo 3D creado para visualizarlo mediante gafas y guantes especiales que permiten ver y tocar al fallecido e interactuar con él mediante la reconstrucción virtual del rastro digital y de las características de familiares próximos.

En el año 2016, junto con mis compañeras Marisa Magaña y Marta Villacieros, estudiamos lo que nos habíamos empeñado ya en llamar “pulgas del duelo”, resultando que entre los factores que complican la elaboración del dolor por la pérdida de un ser querido (pulgas), nos resultó ser una de ellas precisa-

INTRODUCCIÓN

mente el manejo del mundo digital. Los resultados arrojaban el 15-20% de acuerdo con las posibles prácticas que fomentan formas de supervivencia o inmortalidad digital, siendo la mayoría las personas que consideraban que no ayudan a realizar el proceso saludable del duelo.

Ahora, leyendo en el 2020, me doy cuenta de que las cosas van deprisa y hasta dudo de que los resultados de un cuestionario semejante al de hace 4 años, arrojara resultados similares. La generalización del uso de las nuevas tecnologías de la información y las redes sociales digitales en la vida cotidiana de las personas, va abriendo posibilidades como “cementeros digitales”, “cuentas *in memoriam*”, “testamentos digitales”, “ritos cibernatuorios”, “obituarios digitales”, etc. En tiempos de pandemia por coronavirus, el uso de todas estas posibilidades ha cambiado significativamente, no solo aumentando, sino tomando otro sentido, al ser, en parte, el único modo de intercambiar condolencias, debido al cierre de tanatorios y prohibición de ritos fúnebres y de encuentros de más de unas pocas personas.

En un mundo de ordenadores, *smarphones* y *tablets*, vivir al margen del mundo digital es realmente difícil. La realidad de la muerte no puede ignorar el papel que cumplen estos elementos esenciales de la cibercultura en la experiencia con cuanto rodea a la muerte.

Primera parte:
Duelo y mundo digital

En esta primera parte, no nos centraremos en los vínculos entre duelo y mundo digital. Lo haremos en la segunda.

Lo digital es tan real que puede marcar mucho nuestras vidas. Puede ocupar tanto tiempo... o incluso ser lo que más tiempo ocupa en la cotidianidad de una persona. Lo digital es una forma de nuestra realidad.

Nuestros abuelos se habrían reído de nosotros si les hubiéramos contado que, con una cajita en las manos, nos comunicábamos con muchas personas a la vez, nos veíamos, nos mandábamos fotos, música... Y que incluso así “íbamos al entierro” de una persona. Nos habrían dado por locos.

En la generación actual, vivimos con mucha energía puesta en esta dimensión, en estas coordenadas. Trabajamos con la conexión, intimamos con la conectividad, participamos de nuestro dolor en un extraño espacio en el que nos parece vivir y controlar una forma de estar y de ser.

En las páginas que siguen, exploramos diferentes vínculos que tiene este mundo digital –real– con el duelo. El sufrimiento que experimentamos con ocasión de la pérdida de un ser querido y de cualquier cosa, entra en el mundo digital de diferen-

tes maneras. La posibilidad de ayudarnos también. De manera muy particular en tiempo de confinamiento por la pandemia del coronavirus COVID-19, como veremos en la segunda parte.

Antes de que los ritos y los encuentros en los tanatorios fueran prohibidos, por razones de salud pública, ya existían los velatorios electrónicos, las cuentas *in memoriam*, los cementerios digitales, las prácticas de selfis vinculadas con el morir y la muerte, los códigos QR en las lápidas, las expresiones colectivas de solidaridad en duelos de alto impacto social...

Haremos un breve recorrido por estas realidades que, sin ser pensadas, pueden seguir un cauce incontrolado, compulsivo. La evolución de la tecnología tiene sus leyes de mercado, no siempre sus leyes de humanización. Está claro que el mundo digital puede generar un gran bien para la humanidad, nos puede permitir una cultura de encuentro, conocimiento, relación. Puede ayudarnos a vincularnos saludablemente con altos potenciales de conexión. Pero solo será así si lo impregnamos de los valores más genuinamente humanos.

Como el agua, sin cauce, sigue su curso según la geografía del entorno, también las tendencias en el uso de las tecnologías, irán por su propio cauce, no necesariamente humanizado. Apuesto por una reflexión sobre las posibilidades que nos ofrecemos a nosotros mismos con la tecnología, para no estar al servicio de las leyes descontroladas que lleven a pensar que toda nueva posibilidad en el mundo digital es, por sí mismo, valor añadido.

1

Velatorio electrónico: cuentas *in memoriam*

Las empresas que venden productos y servicios en la red, no siempre han incluido en su estrategia inicial, la conciencia de la finitud humana y la muerte. Eso hace, entre otras cosas, que en numerosas bases de datos de personas que mantenemos vínculos con proveedores de servicios, nos mantengamos mezcladas con las que ya fallecieron. Dicho de otro modo, que vivos y muertos estén juntos y sean tratados e identificados de la misma manera.

Alguno “grande”, como Facebook, creó en 2009 un tipo especial de cuentas “*in memoriam*” o conmemorativas, pensadas para que los familiares y amigos del difunto puedan seguir dejándole mensajes después de muerto.

Algunos estudios sobre Facebook señalan que para 2069 habrá más perfiles de personas muertas que vivas, por lo que el desafío de adaptación y el mundo de las “cuentas memorativas” o tumbas digitales, es importante. La red será, además de vivos, un cementerio.

Facebook ofrece, de este modo, una forma de homenajear la memoria de las personas fallecidas mediante perfiles conmemorativos en los que se pueden guardar y compartir recuerdos, relatos, experiencias... de los que ya no están. Son perfiles que

se convierten en una especie de “velatorio electrónico ilimitado” que se extiende a lo largo del tiempo.

Una de las sensaciones que se producen es que el hecho de que la cuenta siga activa, genera un sentimiento de presencia de la persona fallecida que incita a algo así como comunicarse con ella. El muerto, de alguna manera, sigue estando ahí, bajo la forma de una imagen y una biografía que recibe visitas y comentarios y que se actualiza periódicamente mediante una narrativa producida por los demás, que se convierten en una especie de biógrafos, a diferencia de las cuentas de los vivos, donde uno mismo es el propio autobiógrafo.

Si ser es *narrarse*, como decía Paul Ricoeur, ser es también *ser narrado* a través de los relatos de otros. En la red, después de la muerte, en estas cuentas *in memoriam*, somos narrados. La tumba digital adquiere una función diferente de la tumba del cadáver biológico. En la digital, este medio de rendir homenaje y visitar, es el mismo que utilizamos los internautas para movernos, socializar y comunicarnos cuando estamos vivos. Digamos que no es el lugar donde “descansa en paz”, como nos expresamos habitualmente, sino el lugar donde se interactúa y se visibilizan las personas y se definen las identidades.

Las redes sociales se convierten, mediante las cuentas post-mortem memoriales en espacios *tecnoespirituales* en los que las identidades de los fallecidos son producidas intersubjetivamente a partir de las contribuciones de los familiares y amigos que lo proyectan sus claves. Una forma de altar-homenaje¹ de la gente que se añora, no necesita de sacerdotes ni ritos con presencia física y palabras que nos representen, sino que da espacio a las propias y es accesible desde la intimidad del propio ordenador.

1. <https://corio.es/2019/05/13/muerte-digital/>